

JULIEN OFFROY DE LA METTRIE
EL ARTE DE GOZAR



COLECCIÓN MÍNIMA

Diseño: Agustín Massanet

de la Mettrie, Julien Offroy

El arte de gozar - 1a ed. - Córdoba : Encuentro
Grupo Editor, Universidad Nacional de Córdoba,
2008.

72 p. ; 21x12 cm. (Mínima; 1)

Traducido por: Miguel Pujadas y Jordi Riba
ISBN 978-987-1432-11-0

1. Filosofía Moderna. I. Pujadas, Miguel, trad. II.
Riba, Jordi, trad. III. Título
CDD 190

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN: 978-987-1432-11-0

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún
medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o por fotocopia sin autorización previa.

Editorial Universidad Nacional de Córdoba

Encuentro Grupo Editor

2008



JULIEN OFFROY DE LA METTRIE

EL ARTE DE GOZAR

Introducción, traducción y notas de
Miquel Pujadas y Jordi Riba



Universidad Nacional de Córdoba



ENCUENTRO
Grupo Editor

Julien Offroy de La Mettrie nació en la ciudad francesa de Saint-Malo en 1709. Hijo de una familia de comerciantes, realizó estudios humanísticos completados más tarde con los de medicina. Sus ganas de saber y su avidez por la aventura, pronto le llevaron lejos de su tierra natal. Primero a París y luego a tierras flamencas; algunas veces, incluso, huyendo de los que pensaban que sus ideas eran demasiado avanzadas para la época. La Mettrie fue sin duda el materialista más convencido y más radical de su generación. Sus escritos no fueron gratos a las mentes bien pensantes del momento, que los quemaron públicamente en 1746.

Debido a la inquina que La Mettrie provocaba entre teólogos y enemigos declarados del progreso del conocimiento, despertó la admiración de Federico II de Prusia, que le llamó en 1748 a Berlín para que fuera su lector y consejero. El papel que asumió La Mettrie en la Corte berlinesa encendió los celos de Voltaire, quien no por ello dejó de lamentar su muerte cuando ésta se produjo en 1751. Y es que La Mettrie dejaba tras de sí una serie de obras, de entre las que sin duda destaca por la trascendencia que ha tenido a lo largo de los siglos posteriores *El hombre máquina*, en la cual rechaza de plano tanto el dualismo cartesiano como su concepción de la materia.

Para el médico de Saint-Malo, la afirmación que el hombre es una máquina significa que es un ser puramente material cuya alma está determinada por el cuerpo. No cesó hasta su muerte de exponer en sus obras, que sorprenden todavía por su agudeza y por su lucidez, que el ser humano, como el universo, se compone exclusivamente de materia, que el cuerpo y el alma son una sola cosa. Todo, incluido el placer y la felicidad, está determinado por la organización corporal, por la sensibilidad física.

Es en las obras de contenido moral, el *Anti-Séneca* (también llamado *Discurso sobre la felicidad*), *El sistema de Epicuro*, pero especialmente *El arte de gozar*; donde se encuentra una teoría definitiva sobre el placer y particularmente sobre los placeres del amor. En el *Anti-Séneca* distingue entre placeres ordinarios (groseros) y finos (puros, delicados), breves (efímeros) y duraderos, para probar la importancia fundamental de la felicidad sensual en el logro del equilibrio del hombre, y para combatir firmemente la idea de remordimiento (“el más grande de los enemigos del hombre”), sentimiento ficticio, producto de una educación antinatural.

El arte de gozar es una obra de inspiración literaria y de muchas referencias de la mitología clásica, ilustrada con fragmentos de idilios clásicos imaginarios: las diferentes escenas y situaciones amorosas que describe se ordenan en una especie de antología del goce sensual. El amor y sus placeres se confunden casi con la vida. La obra comienza con una invocación a los placeres etéreos (inefables) del corazón y del alma:

“Dios de las bellas almas, encantador placer, no permitas que tu pincel se prostituya con infames placeres, o más bien con indignos excesos que hacen gemir la Naturaleza sublevada. (...) No es el goce de los cuerpos el que necesito, sino el de las almas”¹.

Pero como buen materialista, La Mettrie no concibe el goce del alma sin la participación del cuerpo:

“El voluptuoso ama la vida porque tiene el cuerpo sano, el espíritu libre y sin prejuicios. Amante de la naturaleza, adora sus encantos, porque conoce su valor; inaccesible al desánimo, no comprende cómo este veneno letal puede corromper nuestros corazones”².

Sus relatos trazan el camino del placer a partir de sus formas más ingenuas -jóvenes pastores que realizan su aprendizaje sensual en un marco bucólico³-, hasta las más etéreas, por caminos sofisticados: el amor “espiritual”, que sólo espera la ocasión para convertirse en carnal; la despedida amo-

1 La Mettrie, *El arte de gozar*, *supra*.

2 *Ibidem*.

3 “¿Pero no existirá acaso alguna otra diferencia? ¡Sí! Incluso mucho más considerable; contemplad esta rosa que el felicísimo himen recibe algunas veces de manos del Amor, rosa roja cuyo capullo apenas abierto quiere ser recogida; rosa encantadora cuyas hojas parecen cubiertas y rodeadas de una fina pelusa para mejor esconder los amores que en ella se ocultan y mantenerlos más suavemente en sus jugueteos.

Sorprendido por la belleza de esta flor, ¡Con qué avidez el pastor la valora! ¡Con qué placer la toca, la recorre, la examina! La turbación de su corazón se manifiesta en su mirada.

Por vez primera la pastora siente curiosidad por sí misma. Ya había

rosa del guerrero, donde se mezclan la lascivia y la melancolía; el amor de la mujer encendida de pasión cuya imaginación la conduce al éxtasis.

Estos diferentes temas llegan a la misma conclusión: la afirmación de la influencia predominante de la imaginación en todo goce verdaderamente voluptuoso. Y además, no falta una especie de canto a la ópera, ese “templo de placer”, y a las mejores cantantes y bailarinas de su época, sacerdotisas de dicho templo. Y, por último, evoca -pero mucho más rápidamente, sólo para completar esta enciclopedia del arte de gozar- los placeres de la mesa, de la sociedad, las pasiones de Safo, de Narciso, de Gitón.

La Mettrie exalta la sensualidad y los placeres de los sentidos, pero mal que les pese a sus adversarios, su concepción del placer y de la felicidad está lejos de ser una simple apología de los placeres más obscenos. Establece la diferencia entre voluptuosidad y placer. Mientras que el simple buscador de goces se contenta con sucumbir a los impulsos de la máquina fisiológica, el voluptuoso regula su conducta conforme a una disciplina intelectual y física.

“Sigamos por doquier al voluptuoso, en sus discursos, en sus paseos, en sus lecturas, en

visto su hermosa carita en un transparente arroyo; el mismo espejo le va a servir para contemplar unos encantos secretos que ignoraba. Pero a su vez descubre cuánto se le parece Dafnis! ¡Qué bien le devuelve su sorpresa! Impresionada por tan prodigiosa diferencia, muy turbada, hasta allí lleva la mano temblorosa; le acaricia, ignora su uso, no comprende por qué su corazón late tan deprisa, casi no se reconoce; pero cuando, una vez recuperada, un rayo de luz ha entrado en su corazón, lo mira como a un monstruo, la situación le parece imposible, no concibe todavía, la pobre Inés, de todo lo que es capaz el amor” (*ibidem*).

sus pensamientos, etc. Distingue la voluptuosidad del placer, como el olor de la flor que lo exhala, o el sonido del instrumento que lo produce. Define la orgía, un exceso de placer mal administrado, y la voluptuosidad, el espíritu y la quintaesencia del placer, el arte de usarlo con moderación, de conducirlo mediante la razón, de disfrutarlo por el sentimiento”⁴.



Para La Mettrie la moral sólo puede basarse en la felicidad individual, y ésta descansa sobre el instinto del individuo; es una moral que rechaza las convenciones sociales, o mejor, las invierte: la sociedad debe adaptarse a las necesidades del individuo para llegar a ser feliz. Esta concepción choca con la de Diderot y d’Holbach; para ellos las necesidades del individuo han de subordinarse a las de la sociedad. La diferencia fundamental, pues, es que La Mettrie consideraba que la moral y su fin -el placer- sólo son una cuestión relativa al individuo, mientras que d’Holbach subordina la felicidad individual a la felicidad de la colectividad, al progreso social: la conducta del hombre es moral si es útil a la sociedad.

Sentado que la felicidad pública es la ley suprema y que “está asociada a la bondad de las costumbres”, no resultará sorprendente que el barón sea un enemigo declarado del teatro y de la danza y censure a los autores libertinos. Sería fácil ironizar

⁴ *Ibidem*.

sobre el rigorismo virtuoso del barón d'Holbach, pues, paradójicamente, sus obras fueron los libros de cabecera del marqués de Sade.

Ahora bien, a pesar de la influencia de d'Holbach, muchos temas de la filosofía de La Mettrie son determinantes para la de Sade. He aquí una breve referencia de las ideas del autor de *El hombre-máquina* desde las cuales se puede considerar la filosofía general del divino marqués. Sade acepta de La Mettrie el concepto materialista del hombre y del universo. También admitió de él la idea de que la búsqueda de la felicidad, del placer, es el objeto principal de toda actividad humana. El crimen es también una búsqueda de la felicidad. Es cuestión de carácter. La felicidad no toma en cuenta la virtud y el hombre que tenga satisfacción en hacer el mal será más feliz que uno que experimente satisfacción haciendo obras, actos buenos. Además aceptó la supremacía de la imaginación en lo intelectual, y de la sensación en la actividad física, la inutilidad del remordimiento, un sentimiento infantil e inane.

En numerosos pasajes donde se expone la filosofía sadiana encontramos la influencia y la herencia de La Mettrie. Así, en el *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, a propósito del crimen y los remordimientos afirma:

“Nos arrastra una fuerza irresistible y no somos ni por un instante dueños de decidirnos por otra cosa que aquella hacia la que nos sentimos inclinados. No hay virtud que no sea necesaria a la naturaleza y, análogamente, ni un solo crimen del que ella no

tenga necesidad. Justamente, en el perfecto equilibrio que mantiene entre unos y otros reside toda su ciencia. ¿Podemos, pues, ser culpables del camino al que nos arroja? ... basta que la ley lo condene y que la espada de la justicia lo castigue para que deba inspirarnos aversión o terror. Pero cuando por desgracia ha sido cometido, es preciso afrontar los hechos y no entregarse a remordimientos estériles, que son totalmente inútiles, pues no han podido preservarnos de él; y nulos, pues nada reparan”⁵.

Este pasaje parece casi sacado literalmente del *Anti-Séneca o Discurso sobre la felicidad* de La Mettrie.

“Hobbes dijo del hombre: *homo homini lupus*... Sabemos que sin el miedo a las leyes ningún malvado será contenido... ¿Son los remordimientos guía para alguien? ... De manera que los remordimientos son, filosóficamente hablando, tan inútiles después como durante y antes del crimen...; no pueden paliar nuestros males ni amansar a los tigres de nuestra especie ...”⁶.

En la *Filosofía en el tocador*, sobre la búsqueda del placer se afirma que éste:

“Es tan sólo la ampliación de nuestros gustos y nuestras fantasías, el sacrificio de todo

5 Sade, *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, Argonauta, Barcelona, 1980.

6 La Mettrie, *Discurso sobre la felicidad*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2005, pp. 68-70.

al placer; lo que habrá de permitir a esa desdichada criatura que llamamos hombre, arrojada a su pesar en este triste mundo, recoger unas pocas rosas en medio de las espinas de la vida”⁷.

Y añade Sade:

“Vuestro cuerpo es vuestro y sólo vuestro; sois la única persona en el mundo con derecho a obtener placer de él y a permitir que alguien obtenga placer del mismo. Aprovechad los mejores años de vuestra vida; esos felices años de nuestros placeres...”⁸.

Estos pasajes sadianos son análogos al que encontramos en *De la volupté* de La Mettrie:

“El placer es el atributo principal de todos los animales, aman el placer por sí mismo... El sabio debe buscar el placer, sin el cual no puede ser feliz... Placer, dueño supremo de los hombres y de los dioses, ante quien todo desaparece, tú sabes cuánto te adora mi corazón!”⁹.

Uno y otro atribuyen a la imaginación un papel fundamental en la esfera de los placeres (sexuales). Sade escribe:

“La imaginación es el aguijón del placer... todo lo dirige y es el motivo de todo. ¿Acaso

7 Sade, *La Filosofía en el tocador*, Tusquets, Barcelona, 1989.

8 *Ibidem*.

9 La Mettrie, *L'École de la volupté*, Desjonquères, Paris, 1996.

no es de aquí de donde proviene el placer? ¿Acaso no es de aquí de donde surgen los placeres más vivos? ... ¿No me habéis dicho que las sensaciones morales más deleitosas se originan en la imaginación? Pues bien, si damos rienda suelta a la imaginación, si le permitiera cruzar estas últimas fronteras que la religión, la decencia, el humanitarismo, la virtud, en una palabra, todos los llamados deberes han puesto en su camino, ¿no llegarían acaso sus divagaciones hasta el prodigio? ¿No nos irritaría aún más su misma intensidad? En tal caso, cuanto más deseemos ser conmovidos, sentir violentamente, tanta más libertad damos a nuestra imaginación para que recorra las rutas más peculiares...”¹⁰.

Y manifiesta con vehemencia La Mettrie:

“Cuanto más viva es la imaginación de uno, más fuertes son las impresiones que recibe el corazón... Ayuda a crear nuestros deseos, inspira los medios para satisfacerlos”¹¹.

Ahora bien, aun partiendo de la misma base filosófica, entre La Mettrie y Sade hay una diferencia de carácter, de temperamento, de circunstancias personales, de tono. Para La Mettrie, el deseo es pacífico, equilibrado, recíproco; por el contrario, para Sade el deseo, el placer, es destructor; la orgía culmina en la crueldad, en el crimen. Para el divino marqués lo que predomina en la mayoría de los seres es el instinto de destrucción. Nos muestra, a través de la ficción, lo espantosas que podrían resultar las relaciones amorosas si los hombres dieran rienda suelta a todos los fantasmas de su inconsciente:

10 Sade, *op. cit.*

11 La Mettrie, *op. cit.*

“Pero prosigamos... ¿Te asombra la crueldad de nuestros gestos? ... ¿Cuál es el objetivo del hombre que goza?... ¿Acaso no consiste en aportar a sus sentidos la mayor excitación, para así llegar mejor y más cálidamente a la última crisis, crisis preciosa, que determina si el placer ha sido bien o mal logrado en razón del mayor o menor grado de actividad que ella representa? ... ¿No halagan mejor nuestro orgullo los actos de tiranía que los de bondad?... En una palabra: ¿no es mucho más amo el que impone que el que comparte? ... ¿Pero cómo se le puede ocurrir a un hombre razonable que la delicadeza represente alguna ventaja para el placer?”¹².

El universo sadiano es horrible, el cuadro resulta brutal, pero es necesario para conocer la naturaleza humana. El marco escenográfico en el que los libertinos sadianos llevan a cabo sus monstruosidades e incesantes envilecimientos —las mazmorras, las catacumbas, los sótanos del terrorífico castillo de Silling en *Las 120 jornadas de Sodoma* o en el castillo de Roland en las fronteras del Delfinato, en *Justine*, no describen lugares que estén preparados para el placer o delicadas galanterías sino para el meticuloso desarrollo de la maldad. El hedonismo, la amistad, a diferencia de *La Mettrie*, no son los fines de esa escritura enloquecida, que lleva al límite todas las posibilidades de maldad y que elogia todas las formas del adulterio, de la sodomía, de la violación, del incesto, de la calumnia, de la

12 Sade, *Justina*, Cátedra, Madrid, 1985.

vejación... Crímenes en que el depravado Dolmancé -uno de los libertinos más emblemáticos de la obra sadiana- aleccionaba a la joven Eugenia en la ya citada *Filosofía en el tocador*.

Miquel Pujadas

Jordi Riba

Nota sobre la traducción

El texto traducido procede de la edición de *L'art de jouir*, publicado en Nantes por la editorial Cecofop en 1995. Las notas pertenecen a los traductores.

EL ARTE DE GOZAR

*Et quibus ipsa modis tractetur blanda Voluptas.**

LUCRECIO

* “También debe observarse el modo de llevarse a cabo el mismo dulce acto de la voluptuosidad”, *De rerum natura*, Libro IV, v 1263

Placer, Maestro soberano de los hombres y de los dioses, ante quien todo se desvanece, incluida la propia razón, sabes cuánto mi corazón te adora, y todos los sacrificios que te ha dispensado. Ignoro si mereceré ser partícipe de los elogios que te concedo; pero me creería indigno de ti, si no me preocupara por asegurarme tu presencia, y por darme cuenta a mí mismo de todos tus favores. El agradecimiento sería un tributo demasiado insignificante, por lo que añado además el examen de mis sentimientos más dulces.

Dios de las bellas almas, encantador placer, no permitas que tu pincel se prostituya con infames placeres, o más bien con indignos excesos que hacen gemir la Naturaleza sublevada. Que tan sólo pinte las pasiones del hijo de Cipris pero que las pinte con pasión. Que este Dios vivo, impetuoso, sólo se sirva de la razón de los hombres para hacérsela olvidar; que sólo razonen para extremar sus placeres e impregnarse de ellos; que la fría filosofía calle para escucharme. Siento la respetable llegada de la voluptuosidad.

¡Desapareced, cortesanas impúdicas! Surgió menos maldad de la caja de Pandora¹ que del seno de vuestros placeres. ¡Qué digo! ¡Eh! ¡Placeres! ¿Existieron alguna vez sin los sentimientos del corazón? Cuanto más prodigáis vuestros favores, más ofendéis el amor que los condena. Entregad vuestros cuerpos a los sátiros²; aquellos que se

1 Pandora (dotada de todas las gracias) había recibido de Zeus una caja llena de males y desastres que había que guardar cerrada. Pero ella, movida por la curiosidad abrió la caja y entonces todas las miserias y las desgracias se derramaron sobre la tierra...

2 Medio hombres, medio animales, velludos con pies de cabra, cuernos y rabo. Forman parte del séquito de Dionisio (Baco) y personifican los primitivos instintos sexuales.

sienten satisfechos de vuestros cuerpos, son dignos de ellos; en cambio no lo sois de un corazón de natural sensible. Os prostituís en vano, y en vano intentáis seducirme con atractivos impudicos³; no es el goce de los cuerpos el que necesito, sino el de las almas. Has conocido, Ninon⁴, este goce exquisito durante el transcurso de la vida más hermosa; vivirás eternamente en los fastos del amor.

Vosotras refinadas y pudorosas, que bajáis la mirada ante las palabras excitantes. ¡Alejaos! La voluptuosidad no tiene porque respetaros, ya que vosotras mismas no sois, según se dice, tan austeras en la intimidad. Alejaos, sobre todo, raza devota, que no tenéis una virtud con qué ocultar vuestros vicios.

Bellas, que deseáis tomar como consejera a la razón para amar, no temo que prestéis atención a mis palabras; vuestro oído no será inquietado de

3 *Vulgivague*, en el original francés. No se encuentra en el diccionario de la Academia Francesa, sí, en cambio, en el *Dictionnaire de la Langue Française*, Hachette, 1863: “Qui se livre à l’amour banal, qui se prostitue. Le mariage qui est le plus grand frein de l’impudicité vulgivague, Voltaire. *Philos. Ex. mil. Bolingbr.* 37. “Des sophistes, ou plutôt des raisonneurs imprudents, ont prétendu que l’existence de femmes vulgivagues était utile et nécessaire pour le maintien de l’ordre politique et de la tranquillité des citoyens”, Comte de Caylus (Grosley), *Oeuvres*, t. XII, p. 114, dans Pougens. “N’y a-t-il donc que la Vénus vulgivague ou millionnaire qui puisse être appréciée par vous? » Proudhon, *Du principe de l’art*, p. 243. Étim. Lat *vulgivagus*, de *vulgus*, le vulgaire, et *vagari*, errer.”

4 Ana Ninon de Lençlos (París, 1620-1705) Célebre y atractiva cortesana francesa. Abandonó a su familia para entregarse libremente a una vida amorosa que había de darle fama. Se paseó risueña entre la flor y nata de la aristocracia y la intelectualidad del “grand siècle”. Tuvo docenas de amantes, vivió feliz y conservó hasta el último momento todos sus dientes y la brillantez fogosa de su mirada. Mujer culta y de talento, lectora apasionada de Montaigne, epicúrea y librepensadora, escribió su *Correspondencia auténtica* y sus *Memorias*.

ninguna manera. La razón toma prestado aquí, no el lenguaje, sino el sentimiento de los Dioses. Si mi pincel no se corresponde a la finura y a la delicadeza de vuestra manera de sentir, concededme un solo momento de vuestra atención; y el amor que se ha complacido en instruiros, que se entusiasma continuamente en la más bella de sus obras, hará brotar de mi pluma la ternura y la voluptuosidad que parecía tener reservadas para vuestros corazones.

No seguiré las huellas de estos ingeniosos espíritus, delicadamente neólogos y puerilmente confusos; este vivo rebaño de imitadores de un frío modelo helaría mi ardiente y voluptuosa imaginación; un arte demasiado rebuscado sólo me conduciría a juegos infantiles que la razón proscribe, o a un orden insípido que el genio desconoce y la voluptuosidad desdeña. El ingenio del siglo no me ha corrompido; en efecto, lo poco que la Naturaleza me reservaba de él, lo he tomado en forma de sentimientos. ¡Que todo experimente ahora el desorden de las pasiones, ojalá que el fuego que me arrebata, sea digno, en la medida de lo posible, del Dios que me inspira!

Augusta divinidad, que protegisteis los versos inmortales de Lucrecio⁵, reconforta mi débil voz.

5 Lucrecio (98-55 a.C.). Poeta y filósofo romano, autor de *De rerum natura*, su única obra conocida. Se trata de un poema didáctico en hexámetros, que consta de seis libros y es el comentario más detallado que poseemos del sistema de Epicuro, en el cual creía Lucrecio con absoluta vehemencia. El propósito del poema es liberar al hombre del complejo de culpa y del miedo a la muerte, demostrando que el temor a la intervención divina en este mundo y del castigo del alma después de la muerte es infundado: el mundo y todo lo que hay en él es material y está regido por las leyes mecánicas de la naturaleza, y el alma es mortal y muere con el cuerpo.

Espíritus móviles y sutiles, que circuláis libremente por mis venas, manifestad en mis escritos esta arrebatadora voluptuosidad que hacéis volar sin pausa en mi corazón.

Oh vosotros, tiernos, ingenuos o sublimes intérpretes de la voluptuosidad, que habéis obligado a las Gracias y los Amores a un eterno agradecimiento, ¡ah! haced que yo la comparta. Ya que no puedo comprenderos, dejadme al menos un rayo de luz que me guíe, como estas cometas que dejan tras de sí un haz de luz que muestra su senda.

Sí, únicamente vosotros podéis inspirarme, niños consentidos de la Naturaleza y del Amor, vosotros a quienes este propio Dios se ha preocupado en instruiros, para servir a proyectos dignos de él, quiero decir, para la felicidad del género humano, reconfortadme con vuestro genio, abridme el santuario de la Naturaleza iluminado por el amor; nuevo, pero más feliz Prometeo⁶, que yo tome de él este fuego sagrado de la voluptuosidad, el que en mi corazón como en su templo no se apague nunca; y que, por fin, aparezca Epicuro⁷ tal como se manifiesta en todos los corazones. ¡Oh Naturaleza, oh Amor, ojalá pudiera manifestar, en

6 Prometeo contrariando la voluntad de Zeus, robó el fuego del cielo y lo trajo a la tierra. También les enseñó a los hombres numerosas artes y les hizo el don de la civilización. Zeus castigó a la humanidad por medio de Pandora y encadenó a Prometeo a una roca donde un águila le roía a diario el hígado, que inmediatamente volvía a crecerle.

7 Epicuro (341-271 a. C.). Filósofo griego. El propósito de Epicuro era la dirección sabia de la vida, que debía alcanzarse mediante la confianza en los datos aportados por los sentidos y la eliminación de la superstición y de la creencia en la intervención sobrenatural. La teoría moral epicúrea se recoge en esta afirmación de una de sus cartas: "Afirmamos que el placer es el principio y el fin de una vida feliz". Deben satisfacerse, pues, los deseos y en eso estriba el placer.

el elogio de vuestros encantos, todos los arrebatos con los que siento vuestros favores!

Venid, Filis, bajemos a este pequeño valle tranquilo; todo duerme en la Naturaleza, sólo nosotros estamos despiertos; venid bajo estos árboles donde sólo se oye el suave rumor de sus hojas; es el Céfito⁸ enamorado quien las agita; contemplad como ellas parecen mecerse una sobre otra y os invitan a imitarlas.

Hablad, Filis, ¿no sentís un movimiento delicado, una dulce languidez que os es desconocida? Sí, veo la feliz impresión que os produce este misterioso refugio; el brillo de vuestros ojos se dulcifica, vuestra sangre fluye con más rapidez, alza vuestro bello seno, anima vuestro corazón inocente.

¡En qué estado me encuentro! ¡Qué nuevos sentimientos, decidme!... Venid, Filis, os los explicaré.

Vuestra virtud se despierta y teme incluso su propia sorpresa; el pudor parece aumentar vuestras inquietudes al mismo tiempo que vuestros encantos; vuestra honra rechaza el amor, pero vuestro corazón no.

Os rebeláis en vano, cada uno debe seguir su destino; para ser feliz al vuestro sólo le ha faltado el amor; no os privareis de una felicidad que aumenta al compartirla, no evitaréis las trampas que tendéis al Universo: quien vacila ha aceptado su decisión.

¡Oh, si únicamente pudierais sentir la sombra de los placeres que saborean dos corazones que se han entregado el uno al otro, volveríais a pedir a

⁸ Céfito, personificación del viento del oeste, era, para los romanos, el mensajero de la primavera.

Júpiter todos estos enojosos momentos, todos estos momentos vacíos de la vida que habéis pasado sin amar!

Cuando una mujer bella se ha entregado, cuando vive sólo para el que vive por ella; cuando sus rechazos no son más que un juego necesario; cuando la ternura que los acompaña permite amorosas concesiones y sólo exige una tenue violencia; cuando dos bellos ojos, cuya turbación aumenta los encantos, piden en secreto lo que la boca rechaza; cuando el amor experimentado por el amante es coronado con mirtos por la propia virtud; cuando la razón no tiene otro lenguaje que el del corazón; cuando... no tengo palabras, Filis, todo lo que he dicho ni siquiera es una débil imagen de estos placeres. ¡Amable debilidad! ¡Dulce éxtasis! Es en vano que el espíritu intente reflejaros, pues el corazón mismo no puede comprenderos.

¡Suspiráis, sentís la dulce cercanía del placer!
¡Amor, cuán adorable eres! Si tu sola representación puede provocar deseos, ¿qué no harías tú mismo?

Disfrutad, Filis, gozad de vuestros encantos: ser hermosa sólo para sí es serlo para el suplicio de los hombres.

No temáis ni al amor ni al amante; una vez dueña de mi corazón lo seréis para siempre. La virtud conserva fácilmente las conquistas de la belleza.

Amo, como se amaba antes de que se aprendiera a suspirar, antes de que se hubiera convertido en un arte de jurar la fidelidad. Amor es pobre: sólo tengo un corazón para ofreceros pero es tierno

como el vuestro. Unámoslos, y conozcamos conjuntamente el placer y esta ternura más seductora que lleva a la más pura voluptuosidad de los corazones.

¿Quiénes son estos dos niños de diferente sexo a los cuales se deja vivir solos apaciblemente juntos? ¡Cuán felices serán un día! No, nunca el amor habrá tenido servidores tan tiernos ni tan fieles. Sin educación, y por lo tanto sin prejuicios, entregados sin remordimientos a una mutua simpatía, abandonados a un instinto más sabio que la razón, sólo se dejarán guiar por esta tierna inclinación de la Naturaleza, que no puede ser culpable ya que uno no puede resistirse a ella.

Contemplad a este joven muchacho; desde este momento no es ya hombre sin darse cuenta de ello. ¡Qué nuevo fuego acaba de encenderse en sus venas! Qué turbación se desencadena; ya no tiene los mismos gustos, sus inclinaciones cambian con su voz ¿Por qué lo que le divertía, ahora le aburre? Muy preocupado, muy sorprendido por su nuevo ser, siente, desea, sin saber demasiado ni lo que siente ni lo que desea: vislumbra solamente, por las ganas que tiene de ser feliz, la posibilidad de llegar a serlo. Sus deseos confusos forman una especie de velo, que no le deja ver la felicidad que le espera. Consolaos, joven pastor, la llama del amor disipará pronto las nubes que retrasan vuestros hermosos días, los placeres por los que suspiráis no os serán en absoluto desconocidos; la Naturaleza os ofrecerá por todas partes su imagen; dos animales se aparearán en vuestra presencia; veréis a unos pájaros que se acarician en una rama de árbol, que parece obedecer a sus inclinaciones.

Todo lo que procede del Amor es una lección viva.

¡Cuántas reflexiones nacerán de este nuevo espectáculo! ¡Hasta dónde la curiosidad no llevará sus miradas! El amor la agujonea; quiere que se eduquen mutuamente; ha hecho el seno de la pastora diferente al del pastor; no puede respirar sin que se eleve, es su manera de expresarse; parece como si quisiera romper las barreras del pudor, como indignada por una coacción que le molesta. Pensamientos ingenuos, deseos inocentes, tiernas inquietudes: todo se expresa sin fingimiento; el corazón se abre, no se disimula ningún sentimiento; son demasiado recientes, demasiado vivos para ser reprimidos.

¿Pero no existirá acaso alguna otra diferencia? ¡Sí! Incluso mucho más considerable; contemplad esta rosa que el felicísimo himen recibe algunas veces de manos del Amor; rosa roja cuyo capullo apenas abierto quiere ser recogida; rosa encantadora cuyas hojas parecen cubiertas y rodeadas de una fina pelusa, para mejor esconder los Amores que en ella se ocultan y mantenerlos más suavemente en sus jugueteos.

¡Sorprendido por la belleza de esta flor, con qué avidez el pastor la valora! ¡Con que placer la toca, la recorre, la examina! La turbación de su corazón se muestra en su mirada.

Por vez primera la pastora siente curiosidad por sí misma; ya había visto su bonita carita en un transparente arroyo; el mismo espejo le va a servir para contemplar unos encantos secretos que ignoraba.

Pero, a su vez, descubre cuánto se le parece Dafnis⁹. ¡Qué bien le devuelve su sorpresa! Impresionada por tan prodigiosa diferencia, muy turbada hasta allí lleva la mano temblorosa; le acaricia, ignora su uso, no comprende por qué su corazón late tan deprisa; casi no se reconoce; pero cuando, una vez recuperada, un rayo de luz ha entrado en su corazón, lo mira como a un monstruo, la situación le parece imposible, no concibe todavía, la pobre Inés, de todo lo que es capaz el amor.

La idea de pecado no ha estado nunca unida a todos estos refinamientos amorosos, los realizan jóvenes corazones que necesitan amar con una pureza de espíritu que jamás corrompió remordimiento alguno. ¡Dichosos jóvenes! ¿Quién no querría serlo cómo lo sois vosotros? Pronto vuestros juegos ya no serán los mismos aunque no serán menos inocentes; el placer no ha residido nunca en corazones impuros y corrompidos. ¡Qué fortuna más envidiable!, ignoráis lo que sois el uno para el otro; esta grata costumbre de verse a todas horas, la llamada de la sangre no turba en absoluto al Amor; al contrario, él vuela más de prisa hacia vosotros para estrechar vuestros lazos y haceros más afortunados; ¡Ah si pudierais vivir siempre juntos e incluso ignorados en esta apacible soledad, sin conocer a quienes os han parido! El trato con los hombres sería funesto para vuestra felici-

9 Dafnis y Cloe es una novela que se desarrolla en la isla de Lesbos. Su autor es Longo o Longus (probablemente del siglo III d. C.). Es la única novela griega situada en un marco campestre. Siglos más tarde, conoció una nueva moda y sirvió como ejemplo a numerosas novelas pastoriles de los siglos XVI y XVII. Su último y lejano eco, ya en los inicios del Romanticismo, es la novela *Pablo y Virginia*.

dad y un *arte* falso corrompería la simple Naturaleza, bajo cuyas leyes vivís felices; en efecto, si perdierais vuestra inocencia perderíais vuestros placeres.

¡Qué veo! Es Isminias¹⁰, que está a punto de lograr el objeto de sus deseos. Su felicidad se refleja en su mirada, se le lee en la cara, y del fondo de su corazón, por una especie de circulación nueva, aparece diseminada por todo su ser. Habla de Ismine, escuchemos. ¡Qué contento y complacido parece estar!

Por fin, dice, voy a poseer a la que adora mi corazón. Voy a gozar del fruto de la más bella victoria. ¡Dioses! ¡Cuánto me ha costado esta conquista! Pero, aquel que somete un corazón como el de Ismine ha conquistado el Universo. Hace el elogio de sus encantos. Toda mujer sólo

10 Ismine e Isminias, protagonistas de la novela bizantina de este nombre, de Eumacio Macrembolita (siglo XII). Bellos y fortalecidos por un amor sobre cuya pureza vigila desde lo alto el ojo de un dios, Ismine e Isminias forman una pareja que, por la armónica fusión de la hermosura y del amor, puede compararse a otras parejas célebres de la novelística griega y bizantina o de la literatura medieval. Al igual que las heroínas de tales relatos, Ismine se ve separada de Isminias y obligada a andar errante por el mundo, a través de singulares aventuras por tierra y por mar aunque logrando mantener intacta, a pesar de las reiteradas tentaciones, aquella pureza que luego habrá de ser un motivo de triunfo para ella y para sus padres, a quienes finalmente encuentra, y le habrá de permitir unirse con su amado en gozosa boda. Representantes de una humanidad delicada y sentimental, aunque más vinculada a un formalismo que a una auténtica ética, esas dos figuras están construidas según el modelo común a la novela griega de los períodos romano y bizantina, en la que aventuras y episodios, que se siguen unos a otros según un esquema convencional, tienen por motivo dominante el triunfo de la pureza hasta que llegue el momento de las justas nupcias. El mantenimiento de este principio no excluye, sin embargo, ciertos compromisos y concesiones, ya que los personajes ceden, de buen grado y a menudo, a sus impulsos naturales, en episodios de superficial lujuria.

tiene cara, únicamente Ismine tiene fisonomía. Uno siente, piensa siempre en esos rasgos; ¡pero por qué feliz mezcla de colores le impide a uno decir si hay más sentimiento que entendimiento en sus ojos!

Ismine ignora la decisión que ha tomado su amante: le había prohibido intentar una iniciativa tan delicada. Pero es preciso ahorrar, a quien se ama, la más mínima turbación: no se puede dudar; se obedece al Amor, cuando se desobedece a la amante. El deber lo es todo tanto en el amor como en la guerra, y el riesgo no existe. Cuanto más temeraria es la iniciativa, más sensible será Ismine.... ¡Ah! ¡Cuánto valor otorga el amor! ¡Ah! ¡Cuánto apreciará esta prueba de ternura, y cuánto se lo agradecerá algún día a su amante!

Isminias, a punto de llegar a casa de Ismine, cree que, por una falsa señal, ella ya ha partido; no comprende cómo no la ha podido encontrar por el camino; se inquieta, se pregunta ¿qué decisión tomar? ¡Ay! Pero ¿se encuentra en condiciones de tomar alguna? Vuelve sobre sus pasos, uno podría tomarlo por un insensato; ofuscado, sin reconocerse apenas, corre día y noche, no encuentra a Ismine. Teme que ella llegue la primera a la cita. ¡Oh, Dioses! ¡Oh, Amor! ¡Cuán grande sería la turbación de Ismine si no encontrara allí a su amante!

Cuando menos esperanzas tiene, recibe noticias de su amante ¡Qué feliz agitación! ¡Qué reconfortante serenidad después de tanto abatimiento! ¡Cómo agradece al Amor por haberse apiadado de su tormento!

Besa cien veces la misiva de Ismine, la humede-

ce con sus lágrimas, vuela sobre sus primeros pasos. Nada cansa, nada cuesta cuando uno está enamorado; la lejanía pronto es franqueada por las alas del Amor.

Viendo la alegría del amante, imaginad como será la de la amante, cuando oiga esta historia contada por el propio Isminias: ¡adivina, si podéis, cuál de los dos sentirá más gozo! Si los placeres aumentan con las penas, ¡cuánto envidia vuestra suerte, Isminias!

Por fin se reencuentran, en vano quieren hablar; pero con la intensidad de su silencio y de sus caricias, ¡cómo se comprende que la palabra es un débil instrumento del sentimiento! ¿Han recuperado por fin el habla? ¡Por todos los Dioses! ¡Qué conversaciones! ¿Se cuentan todo lo que acontece en el universo? No, tienen muchas otras cosas que decirse, se aman, se reencuentran después de una larga y cruel ausencia. ¿Quién podría repetir aquí sus palabras, y mejor aún, su alegría y sus placeres? Uno debería sentir como ellos, y haberse encontrado en la misma deliciosa situación.

Ismine, ya lo he anticipado, no olvidará jamás lo que ha hecho Isminias; no renuncia a una magnífica fortuna, cosa que le supondría un pequeño sacrificio, es ella misma la que se sacrifica. ¿Por quién? Por un amante cuyo amor constituye toda su riqueza.

El placer llama a Ismine, le tiende los brazos, le muestra un collar de flores. ¿Despreciará a un dios joven, amable, que sólo quiere su felicidad? Está decidido; “el consejo es aceptado cuando el Amor lo ha ofrecido”. ¡Pero por cuántos sentimientos distintos está perturbada y qué especiales condiciones impone a su amante!

“Veis, Isminias, le dice, todo lo que hago por

vos. No podré reaparecer en el Universo, los prejuicios ocupan en él un rango considerable; y si os pierdo (¡caiga sobre mí un rayo!), no tengo otra salida que la muerte. No os hablo de la ingratitud, de la infidelidad, de la inconstancia, del desprecio... ¡Pues, qué sé yo de eso! ¡Y cuánto me arrepentiré, tal vez, de haber dado este paso, cuando ya sea demasiado tarde! ¡Pero qué digo! No, Isminias, no os parecéis en nada a los demás hombres; no, no seduciréis a la virtud para entregarla a más intensos lamentos. Os trato injustamente, pues confío en vos, y os he escogido; y si no fuera así, de qué me serviría prever una desgracia que podría evitar. Pero, sin embargo, cualquiera que sea el poder que el amor posea sobre mi corazón, yo tendré el de permanecer firme en el punto donde nos encontramos nunca, tenedlo en cuenta, seréis mi amante de un modo absoluto. Ismine lo hubiera jurado por Estigia.

Isminias gime, está desolado, no concibe la rigurosísima ley de un corazón sensible. “Tierna y cruel Ismine, ¡vamos! me amáis y no haréis cualquier cosa por mí!”. “Me costará tal vez más que a vos, interrumpo ella, pero la ternura es el placer de los corazones. Lo que os niego en placeres lo tendréis en sentimientos. No existe en toda mi alma un solo movimiento que no me acerque a vos, un solo suspiro que no me lleve hacia los lugares donde el destino os llama ¿No sentís, pues, Isminias el premio de tanto amor, el premio de una corazón que sabe amar, en esos momentos en los que otras mujeres sólo saben gozar?”.

El amor es elocuente, Isminias habría podido desplegar toda su retórica; habría podido ensalzar

su experiencia; su habilidad, persuadir, acaso convencer... Pero no era el momento, la ponderación era necesaria; en semejantes circunstancias se trata menos de seducir que de obedecer y disipar los temores. Cuando todavía no ha sonado la hora del pastor, sería preferible que ciertas asechanzas sólo fueran vanas; un anticipo, pedido a destiempo, ha hecho perder toda la ventaja del amante.

Nuestro enamorado estaba demasiado iniciado en los misterios de Pafos para no contener la impetuosidad de sus deseos. Llevó su prudencia hasta tal extremo que la Amada, como se dice, temía haber sido demasiado exigente.

Pero la decisión ya está tomada, y bien tomada; el recato de Ismine no sufre fisura alguna, todo será burlado incluso los prejuicios.

¿Por qué tan crueles rodeos? ¿Un corazón sin malicia debería conocer los remordimientos? ¡Cómo! ¿Estos verdugos desgarran sin piedad el corazón de Ismine? Teme las consecuencias de un proceder tan atrevido; tiembla por miedo a ser reconocida; se reprocha todo, incluso los halagos dados a su virtud, que no cree poseer. ¡Cuán hermosa y honesta es esta sencillez! Se culpabiliza de haber fingido prudencia, de haber engañado a los hombres y a los Dioses. “Hasta ahora, dice ella, tan solo han respetado en mí a un falso ídolo, una máscara impostora; el papel que voy a representar tampoco será autentico. Indigna de los honores que reciba... ¡Ay, dioses! ¿Un alma bien nacida puede malograrse de esta forma a sí misma? ¡Oh, Venus! ¿Por qué es necesario que esté destinada a ser tu víctima, así como la de los remordimientos?”

Amor, mientras toleres un resquicio de razón en tu dominio, tus súbditos serán poco afortunados.

Ismine está turbada por no estarlo bastante; su frágil corazón no concibe que se haya entregado a su pesar, después de haber combatido tanto.

“No, encantadora Ismine, el honor y el amor no son de ninguna manera incompatibles, subsisten juntos, se iluminan, se ilustran, cuando una fidelidad, una confianza a toda prueba, un cariño inviolable, sentimientos del alma más generosa, nunca le abandonan. Alejemos, si es posible, que el Amor llevado por la prudencia sea una fuente de desprecio, ¡ah, bella Ismine, una mujer que sabe amar es un ser único y respetable! Se le debería levantar un altar.

Una vez que Isminias ha tranquilizado, de esta manera, a su amante inquieta, nuestros tiernos amantes finalmente parten; desearían ya encontrarse en el fin del mundo. No más sobresaltos, la alegría sustituye a los temores y el dulce placer a la alegría. Ismine se encuentra ya encendida por mil palabras tiernas y por mil besos ardientes. Se le toleran a Isminias estas pasadas licencias, estos sucedáneos amorosos que de ninguna manera lo son y con los cuales este bribón apenas se contentaba. Los caminos desaparecen, las etapas se realizan como por caballos alados; algunas veces se va demasiado deprisa, incluso se llega con demasiada prontitud; cuanto menos la prudente voluptuosidad arrebató nuestros corazones, más los solaza. “Tu placer, dice Isminias, no es más que la sombra de lo que pueden gozar dos corazones perfectamente unidos”.

Los amantes siempre vuelven al mismo lugar: ¿tienen la culpa? Es el designio del Amor; cuando está solo bate una única ala; en grupo no posee ninguna; siendo dos tiene mil.

Ismine no tuvo inconveniente en llevar la conversación hacia el placer de los hombres y de las mujeres. Son los hombres, según ella, los que obtienen el máximo placer; Isminias cree que son las mujeres. Los otros son siempre más dichosos que nosotros. La disputa duraba, cuando, después de haber transcurrido por la noche más allá de lo que Isminias hubiera deseado, experimentó al fin, por primera vez, este placer libre, agradable y de alguna manera universal, que ansiaba desde hace mucho tiempo. Poco faltó para que nuestros amantes se unieran verdaderamente; se dejan caer alternativamente, más de una vez, en los brazos del otro, pero cuanto más se siente el placer, más se desea el que no se tiene.

Ismine agitada apenas se reconoce; hasta aquel momento, diría, ¿había pretendido sólo divertirse al amparo de la voluptuosidad? ¡Juegos de niños hoy! Las pasiones amorosas no son suficientemente fuertes para ella; ¡qué digo! son demasiado débiles, separadas; para aumentarlas las quiere unir, pase lo que pase. “Nunca, dice moderando sus efusiones, seré una mujer así para otro amante. ¡Pero cuánto se ha de amar para prestarse a serlo de esta manera!”. Isminias exultante, confortándola, la trataba de tan singular manera, avanzaba tan sumamente despacio en su objetivo, y planeó tan bien su victoria que Ismine lanzó un grito... ¡Amor, te burlas de los designios de nuestros débiles corazones! ¿Pero bajo qué otro imperio serían felices?

¡Qué oigo! ¡Qué gemidos! ¡La aflicción está pintada en la cara del más sensible amante! De sus ojos brotan las lágrimas; se le acerca la más cruel de las ausencias. Es un joven guerrero, al que el

honor y el deber obligan a adelantarse a su príncipe en campaña. Parte mañana, sin más demora, sólo le queda una noche para pasarla con la persona que ama; el amor suspira por ello.

¡Pero, cómo será esa despedida! ¿Y cómo la describiré? Si la alegría es común, la tristeza lo es también, las lágrimas del dolor se confunden con las del placer, que es más tierno. ¡Qué inconstantes suspiros! ¡qué lamentos! ¡qué sollozos! ¡Pero al mismo tiempo, qué espiritual voluptuosidad y cuantas efusiones! ¡Cómo aumenta la vivacidad en las caricias de estos tristes amantes! Las delicias que paladean en este mismo instante no las probarán en el siguiente; la turbación en la que la más indeseable ausencia les va a dejar, todo esto se manifiesta por el placer y desaparece en sí mismo; pero puesto que sirve para expresar dos pasiones distintas, va a ser doblado por esta noche. Doblado, ¡qué digo! multiplicado será hasta el infinito; estos felices amantes se embriagarán de amor, como si quisieran tomarlo para el resto de su existencia. Sus primeros arrebatos tan solo son ardientes; los siguientes los superan; se olvidan de sí mismos; sus cuerpos lúbricamente tendidos el uno sobre el otro y en mil posturas rebuscadas, se abrazan, se entrelazan, se unen. Sus almas más íntimamente unidas se abrazan alternativamente. La voluptuosidad los buscará hasta sus propias extremidades, y no contenta con hacerlo por las vías ordinarias, se abre paso a través de todos los poros, para poder comunicarse con más profusión: semejante a aquellos manantiales que demasiado constreñidos por el estrecho canal por el

cual serpentean, no se contentan con una salida de su mismo tamaño, revientan y se abren paso por mil sitios, tal es la impetuosidad del placer.

¡Cuáles son entonces las palabras que se dicen estos amantes! tanto si hablan de sus placeres presentes, como si hablan de sus futuras penas, continúa siendo el placer el que expresa esos variados sentimientos, es él intérprete del corazón. Este *ya no os veré más* se dice con ternura; se dice todavía con pasión, provoca un nuevo entusiasmo, se vuelven a abrazar, se vuelven a apretar, se vuelven a sumergir en la más dulce embriaguez, se inundan, se ahogan en un mar de voluptuosidad. La amante apasiona de placer a su amante, ¡con qué ardor y con qué arrojo! Nada en ellos está exento de este dulce ejercicio; todo les acerca a ello, todo contribuye a ello. La boca da cien besos muy lascivos, el ojo devora, la mano recorre, nada se sustrae de su felicidad; todo se entrega a ella con avidez; el cuerpo íntegro de uno y otro están en la máxima actividad; una suave melancolía añade al placer un no sé qué especialmente excitante, que lo aumenta y coloca a estos felices amantes en una posición muy excepcional y muy interesante. Amor, de estos amantes deberías decir:

*Rápido, rápido, que los dibujen,
para mi gabinete de Pafos.*

Ellos te habrían concedido el tiempo suficiente para hacerlo; los veo lánguidamente decaer y entregarse al reposo provocado por una suave fatiga; se duermen; pero la naturaleza, haciendo uso de sus derechos sobre el cuerpo, los ejerce simul-

táneamente sobre la imaginación; casi siempre está en vela; los sueños están, por así decirlo, a su sueldo; es a través de ellos que hace experimentar el placer a los amantes, en el sueño profundo. ¿Acaso estos fieles intérpretes de las ideas de la vigilia, estos perfectos comediantes que nos representan sin cesar nuestras pasiones en nosotros mismos, olvidarían su papel, cuando el teatro está dispuesto, el telón levantado y los hermosos decorados les invitan a la representación? Los criminales en los grilletes tienen sueños crueles, el frívolo se ocupa tan solo de bailes y de espectáculos, el mentiroso es artificioso, así como el cobarde es miedoso cuando duerme, la inocencia no ha soñado jamás nada terrible. Contemplad al tierno bebé en su cuna, su cara lisa como un espejo, sus rasgos risueños, sus pequeños párpados rebosan tranquilidad, su boca parece esperar el besito que la nodriza está dispuesta siempre a darle. ¿Por qué el voluptuoso no disfrutaría de los mismos favores? No se ha entregado al sueño; sino que es el sueño quien se ha apoderado de él mientras estaba en brazos de la voluptuosidad. Morfeo¹¹, después de haberlo embriagado con sus plantas adormideras, le hará sentir la situación cautivadora que sólo ha abandonado a disgusto. Bellas, que veis a vuestros amantes dormirse sobre vuestro hermoso seno, si sentís la curiosidad de probar el arrebató de un amante adormecido, permaneced despiertas, si podéis. El propio corazón, estad seguras de ello, el mismo espíritu os contagiará las mismas pasiones, pasiones más ardientes, puesto que no será distraído de

11 Es uno de los mil hijos del Sueño (Hipno). Se aparece en sueños y con forma humana.

vosotras por vosotras mismas. Suspirará en lo más profundo de su ternura, incluso hablará, y podréis responderle, pero hacedlo con dulzura; evitad sobre todo seguirle, le despertaríais al menor esfuerzo; dejadle llevar a cabo los suyos, representaos todos los placeres que complacen su alma, la imaginación lo hace mejor dormida que despierta; ¡figuraos cómo habéis sido divinamente evocada en ella! Disfrutad de toda su voluptuosidad en una quietud profunda y en un perfecto abandono de vos misma; olvidaos, para ocupaos sólo de la felicidad de vuestro amante. Pero que goce al final de un dulce reposo, entregaros a ello, evitando hábilmente el despertarle; no os apuréis por volver a ver la luz, vuestro amante os despertará; pero antes se complace en contemplaros mientras estáis dormida; su mirada ávida se alimenta de los encantos que su corazón adora; recibirán conjuntamente y cada uno en particular el homenaje que le es debido ¡Cuánta belleza siempre renovada! Parece que la vea por primera vez. Sus miradas curiosas no serán satisfechas jamás, pero es necesario que el placer de mirar deje paso al placer de sentir. ¡Con qué habilidad sus dedos serpentean sobre la superficie de su suave piel! El cordero no salta tan ligeramente en la hierba verde de la pradera, la golondrina no roza mejor la superficie del agua; seguidamente extiende toda la mano sobre esta superficie suave y fina, la desliza... Como si quisiera probar la superficie de un espejo. Su deseo aumenta con estas pruebas, su pasión crece a causa de esos nuevos besos robados; pronto os despertará, pero paulatinamente ¿Creéis que va a excederse con todas esas palabras que su ternura

desea ofrecerlos? No, es demasiado voluptuoso, su boca le servirá para otra cosa; dará cien besos tiernos al objeto de su pasión; no los dará encendidos, para no despertarla todavía; se acerca, duda, se contiene; permanece levemente indeciso frente a la infinidad de encantos que con toda la fuerza le seducen; quisiera gozar de una amante adormecida... Ya se dispone a hacerlo con todas las precauciones y habilidad imaginables; pero en vano. El corazón de Filis siente ya que se aproxima su felicidad, un suave sentimiento se la anuncia de vena en vena, sus poros sensibles a la más ligera titilación se abrirán al hálito de Céfiro. Ya era la hora, pastora, los arrebatos de vuestro amante llegaban a su zenit, ya no era dueño de sí mismo. Abrid pues los ojos, aceptad con placer las señales del despertar. “Soy yo, dice, soy tu querido Hilas, que te ama más que a su vida”¹². Se deja después caer suavemente en vuestros brazos, que la somnolencia os hace extender y abrir a la llamada del amor; los entrelazará con los suyos, y de nuevo ambos se confundirán; Es de esta manera que, apenas despierta, sentiréis la voluptuosidad del despertar solo a medias. El hombre ha sido creado para ser feliz en todos los estados de la vida.

Es suficiente, declarado voluptuoso, el amor no pierde nada por todas las promesas que obliga hacer; jurad a vuestra señora que le seréis fiel y levantaos. Es el momento oportuno para alejarse del placer al que acompañan los lamentos. No esperéis los llantos y las quejas de una bella que está a punto de perderos; alejaos de una vez y no provoquéis deseos superfluos ¿Son, acaso, los

12 Novela pastoril.

deseos forzados auténticos deseos? Pensad que volveréis a ver otro día a vuestra amante o que el amor, cuyo imperio no acaba más que con el universo, sensible a vuestras necesidades, os enardecerá con otras pastoras, acaso más cariñosas.

Amantes que estáis a punto de abandonar a vuestras bellas amantes, que vuestras despedidas sean tiernas, apasionadas, llenas de estos nuevos encantos que la tristeza les añade. Quiero que superéis un poco a la Naturaleza, pero no os extralimitéis: le corresponde a la ternura ayudar al temperamento y hacer los últimos esfuerzos. ¡Qué bien estaría encontrar un recurso imprevisto en el instante mismo en que se abrazan por última vez, en el momento en que los llantos de ambos amantes, a punto de tomar diferentes rumbos, parecen ser los garantes de su dolor y de su fidelidad, a la vez que la señal y el fin de sus placeres!

Oh, vosotros que queréis hacer crecer los mirtos de Venus con a las adormideras de Morfeo, voluptuosos de todas las épocas, tomad todos por modelo a mi guerrero, y no temáis ni los caprichos del despertar, ni la falta de sentimiento. Si la cita está acordada, si los corazones están de acuerdo, Flora estará pronto dispuesta para probar no solo las delicias del sueño sino también las del amor. Sed hábiles administradores de vuestros placeres; conoced el arte delicado de tejerlos, de hacerlos surgir en el corazón de una amante adormecida, y experimentaréis que si los de la noche son más intensos, los de la mañana son más suaves.

Así como se ve salir el sol poco a poco por entre las nubes espesas que nos ocultan sus rayos dorados, del mismo modo la bella alma de Flora pene-

tra imperceptiblemente las del sueño: que su despertar bien acompasado, como los sonidos de los más agradables instrumentos, la haga pasar por así decirlo por todos los matices que la separan de lo que está vivo. Pero para esto es necesario que vuestras caricias lo estén; sólo deben llegar al *summum* de los favores de forma imperceptible y gradualmente; es necesario que mil goces previos os conduzcan al último goce: descubrid, contemplad, recorred, satisfaced vuestras miradas, como el amante de Issé, en efecto a través de ellas el corazón se inflama, los besos se encienden... Pero no ofrezcáis más todavía, retiraos ¿Qué os apremia? ¿Estáis pues ya cansado de gozar? Levantad de nuevo aquí y allá suavemente el velo ligero que oculta a vuestros ojos tantos encantos. Ya no os retengo más, ¡eh! ¿Podría hacerlo acaso? ¡Feliz Pigmalión¹³, tenéis una estatua viva a la que deseáis ardientemente dar vida! Ya la frente, los ojos, el sonrojo de sus mejillas, estos labios rojos donde se complace el amor, ese pecho de alabastro donde se pierden los deseos, han recibido cien veces, uno tras otro, vuestros tímidos besos; ya la sensible Flora parece tomar vida con el suave hálito del nuevo Céfito. Veo su boca color carmesí realizar un nuevo movimiento hacia la vuestra; sus bellos brazos se extienden con una blandura de la cual el simple despertar no puede enorgullecerse; sus manos comienzan a extraviarse, como las vuestras, allá donde el instinto amoroso las conduce. Más despierta que dormida, más dulcemente emocionada que intensamente agitada, es momento de

13 Pigmalión, rey de Chipre que se enamoró de una estatua de mujer tallada en marfil por él mismo. A sus ruegos, Afrodita dio vida a la estatua y Pigmalión se casó con su propia creación.

pasar a movimientos que no serán menos gratos que ella. Flora responde a ellos... Suavemente, suavemente, Tirsis... Todavía no... Ella se levanta apenas... ¡Pero qué veo! Uno de sus preciosos ojos se ha abierto; vuestro semblante voluptuoso ha traspasado su alma, sus besos son más intensos, sus manos más atrevidas... Oigo sonidos entrecortados... Feliz Tirsis ¿qué esperáis? Todo está a punto para el placer.

¡Qué placeres, oh Dioses, los del amor! ¡Qué felices son estos vigorosos descendientes de Alcides que llevan en sus venas toda la pasión de Citera¹⁴ y de Lámpsaco¹⁵! Para ellos el goce es una verdadera necesidad inextinguible que se renueva constantemente. ¡Pero más felices todavía son aquellos cuya imaginación intensa mantiene siempre los sentidos en la antesala del placer y como al unísono de la voluptuosidad! Para esos amantes, todos los días amanecen serenos y placenteros, examinad sus ojos y juzgad, si os es posible, si van al placer o vienen de él. Si los preludios les son queridos, ¡cuán valiosos son para ellos estos últimos instantes! ¿Es la propia voluptuosidad que se cierne sobre su propia atmósfera? ¡Ved cómo los miman, cómo los quieren, los absorben en silencio, con los ojos cerrados, como en el centro de su imaginación arrebatada, parecidos así a

14 En la isla de Citera era donde, según Pausanias, existía el más antiguo templo dedicado a Afrodita Urania. Junto con Citera, Chipre —donde se encuentra el famoso templo de Pafos— fue otro lugar importante desde muy antiguo en el culto a la diosa Afrodita.
15 Lámpsaco fue una importante ciudad de la antigua Misia, en Asia Menor, conocida en el periodo prehelénico por Pityusa. Floreciente puerto comercial, era famosa por sus viñedos y excelentes vinos. Rendíase culto en ella a Priapo, dios de la fertilidad, representado con figura deforme y con un enorme falo en erección.

una tierna madre que cubre con sus alas y retiene en su nido a sus crías a las que teme perder! Apenas vuestros arrebatos concluidos, Climene, y ya tenéis fuerzas suficientes para hablar! ¡Ah, cruel!

En el sumo placer, en este divino éxtasis en el que el alma parece abandonarnos para penetrar en el objeto adorado, en el que dos amantes forman un único espíritu animado por el amor, por más intensos que sean estos placeres que nos llevan fuera de nosotros mismos, no son más que placeres. Es en el dulce estado que les sigue, cuando el alma serena, menos arrebatada, puede apurar al máximo todos los hechizos de la voluptuosidad. Entonces, en efecto, ella está en posesión de sí misma precisamente justo lo necesario para gozar de sí misma; contempla su estado con tanto placer como Adonis¹⁶ su figura, la ve en el espejo de la voluptuosidad. Felices momentos, delirio o vértigo amorosos, sea cual sea el nombre que se os de, sed más duraderos y no os alejéis de un corazón que os pertenece. No os acerquéis a mí, mortales enojosos y turbulentos, dejadme disfrutar... Estoy anonadado, inmóvil, apenas puedo abrir los ojos cerrados por el Amor. Pero ¡cuántas delicias produce esta languidez! ¿Se trata de un sueño o de una realidad? Me parece estar bajando, pero para caer, dichoso sibarita, sobre un montón de pétalos de rosas. La suavidad con que todos mis sentidos se recogen sobre tantas delicias me las recuerda. ¡Dulce embriaguez! disfruto todavía de los favores de Temira, la veo, la tengo entre mis brazos. No hay una sola parte de su bello cuerpo que no aca-

16 Adolescente de extraordinaria belleza, amado por Afrodita.

ricie, que no adore, que no cubra con mis besos. ¡Ah, Dioses! ¡Cuántos encantos! Y cuántas auténticas consideraciones merece la propia ilusión. ¡Por qué no puedo veros siempre así, adorada Temira! vuestra imagen os sustituiría para mí. ¿Por qué no me sigue a todas partes? La imagen de la belleza vale tanto como la belleza misma, si no es incluso más seductora. Dulce recuerdo de mis placeres pasados, ¡no me abandonéis nunca! ¡Pasados! ¡Qué digo! No, Amor, no lo son de ninguna manera. Siento vuestro augusta presencia... ¡Dulce placer!... ¡Cuánta voluptuosidad! Mis ojos se ofuscan...! ¡Ah, Temira!... ¡Ah, Dios poderoso! ¿Es posible que la ausencia tenga tantos atractivos y que nuestros débiles órganos se basten en este exceso de felicidad? No, estos grandes bienes solo pueden pertenecer al alma, y la considero inmortal para sus placeres.

Sufre, bella Temira, que ahora recuerde hasta las mínimas palabras de cuando suspirabas por primera vez... ¡Qué lucha encantadora de la virtud, la estima y el amor! ¡De qué manera a unos movimientos ingratos van a seguir paulatinamente otros más dulces que no te perturban menos! Veo tus párpados lánguidos dispuestos para encerrar unos ojos entristecidos, enternecidos por el amor. El velo del placer fue prontamente corrido ante sus ojos, la fuerza y la razón te abandonaban a la vez; ya no veías, ya no sabías lo que iba a ser de ti, tenías miedo ¡ay! cuánto favorecía esta vulnerabilidad a tus encantos y a mi amor; temías desfallecer y morir en el instante en que ibas a derramar lágrimas diferentes a las primeras, cuando ibas a sentir el bienestar y el más grande de los placeres ¡Cuánta

voluptuosidad siguió a aquella ternura! ¡Cuántos nuevos y violentos arrebatos! ¡Dioses celosos! ¡Respetad el extravío de una mortal encantadora que se entrega cuando se encuentra entre los brazos que ella adora! Más feliz, ¡Qué digo! ¡Más Diosa en este momento que vosotros mismos lo sois! ¡Amor, sólo llegas a serlo gracias a nuestros placeres!

¡Qué otro pincel sino el de Petronio¹⁷ podría pintar esta primera noche! ¡Cuántos placeres encerró su sombra voluptuosa! ¡Qué éxtasis! ¡Cuántos goces en uno! Ardientes de amor, estrechamente unidos, agitados, inmóviles, nos transmitíamos suspiros ígneos; nuestras dos almas, confundidas por los más apasionados besos, ya no se reconocían; perdidamente entregadas a toda la embriaguez de nuestros sentidos, solo eran ya un arrebato inexpresable, con el cual, felices mortales, nos sentíamos deliciosamente morir.

Si los placeres del cuerpo son tan intensos, ¡cómo serán los del alma! Me refiero a esta ternura pura, a estos gustos exquisitos que parecen hacer destilar la voluptuosidad lentamente en el fondo de nuestras almas, tan embriagadas, tan satisfechas de la perfección de su estado que se bastan a sí mismas y no desean nada más ¡Ah, cuán felices son los corazones penetrados por esa

17 Petronio Arbitor, escritor latino, conocido con este nombre, autor del *Satyricon*, que se suele identificar con uno de los voluptuosos cortesanos de Nerón, cuya vida y muerte han sido magistralmente descritas por Tácito. De su larga novela, sólo se conservan algunos fragmentos de los libros XIV, XV y XVI. La obra relata las andanzas de dos hombres jóvenes, Encolpio (el narrador) y su amigo Ascilto y un muchacho, Gitón, bello, vicioso, objeto de deseo de los dos, que se divierte enfrentándoles entre sí, mientras vagan de un sitio a otro por los bajos fondos de la ciudades del sur de Italia.

divina manera de sentir! Sí, lo juro en nombre del amor que he conocido momentos, ¡Dioses! ¡Qué momentos!, en los cuales mi Temira, elevándose por encima de los placeres del cuerpo, despreciaba en mis brazos favores que el amor mismo hubiera desdeñado.

Todo ternura, todo alma, ¡Dioses! ¡Qué existencia! Decía ella. No, no había conocido todavía el amor... Rechazando a continuación cualquier otro sentimiento más intenso, sin duda porque al ser menos dulce, su intensidad misma provoca entonces una especie de violencia, déjame, déjame probar tranquilamente y sin interferencia un bienestar tan grande, tan perfecto: el placer corrompería mi felicidad.

Contemplaba a mi Temira con la ternura que ella me había inspirado. Tanto amor había hecho brotar algunas lágrimas de sus ojos, que por ello eran aún más bonitos. En su amorosa melancolía, su corazón no había podido contener todo el torrente de ternura que parecía inundarlo. Pero por fin, los sentidos, despertándose paulatinamente, recuperaron sus facultades; y nuestros juguetes fueron más vivos, sin ser por ello menos tiernos: no, responde Temira, no, no conoces todavía todos mis arrebatos, desearía que mi alma entera pudiera penetrar en la tuya.

Yo había renunciado por dos veces. Temira, excitada, creía llegar a cada momento a la feliz consumación de sus placeres; pero ya sea porque el amor, como retenido por la ternura, estuviera todavía fijado o concentrado en el fondo de su corazón, ya sea porque un temperamento demasiado excitado no respondiera al ardor de sus

deseos, yo la vi, desesperada, afirmar, trémula, que no podía soportar tanta agitación. Su éxtasis llegó hasta la pasión. ¡Qué!, decía, ¡la suerte de Tántalo¹⁸ me está reservada en el seno de los placeres!

¡Se trata de poner en práctica un recurso para calmar a quien se ama! ¡Cómo rechazar los placeres que se incrementan cuando son compartidos! Una tercera renuncia calmó poco a poco esta especie de cólera de los sentidos insatisfechos. El placer no se detuvo: unos movimientos más dulces lo acogieron e hicieron renacer la suave voluptuosidad. Mis ojos estaban rebosantes de amor; Temira abrió los suyos. Y al ver la intensidad que yo ponía en el logro de sus placeres, y el tono noble, animoso, apasionado, con el cual la animaba, con el cual dirigía el envite, llena ella misma del Dios que me poseía, con dulce voz y mirada lánguida, finalmente dice, ¡ah! Apresúrate, querido amante, ven a mis brazos....¡Para que yo muera en los tuyos!

¡Qué amante, grandes Dioses! ¡Juzgad si la venero, si voy a dejar de amarla alguna vez y si tiene que ser joven como Hebe¹⁹ y hermosa como la Venus de Praxiteles, para compartir vuestros altares! También, Temira está contenta: tiene como amante no sólo un gran maestro en el arte de la voluptuosidad, sino un corazón, -debo decirlo en tu honor, tierno amor-, un corazón muy diferente de

18 Tántalo fue terriblemente castigado en los infiernos donde se encontraba con el agua al nivel de la boca, mientras que una rama de frutos pendía sobre su cabeza. Cuando quería beber, el agua se retiraba y cuando alargaba la mano hacia los frutos, la rama se replegaba hacia lo alto, por lo que tuvo que padecer hambre y sed eternas.

19 Personificación de la juventud. Los hermanos le daban el nombre de Juventus.

todos los otros; siempre amoroso, siempre complaciente, que sólo vive, sólo siente por ella, que no tiene otra voluntad, otra alma que la suya, que no se quejó jamás de sus más injustos rigores. ¿Durante cuantos años me he contentado, qué digo, me he sentido suficientemente satisfecho con inocentes besos, caricias y toqueteos, como dice ingenuamente Montaigne? Si a un amante nunca debe disgustar nada del objeto que ama, si nada debe privar de un favor cuyo amor permite celebrarlo, nada tampoco debe convertirle en infractor de la fidelidad que ha jurado a su amante. Queridas, juzgaréis a vuestros amantes por su generosidad: es la balanza de los corazones. ¿Quieren forzar vuestros placeres, violar vuestra prudencia, y, sin miramiento, por los más justos temores, exponeros a consecuencias incómodas de una pasión sin moderación? Estad seguras que os engañan, que sólo son impetuosos, que no sois vosotras mismas aquello que ellos aman más en vosotras.

Veamos cómo todos los sentidos se dirigen a nuestros placeres. Es de sobras conocido que Venus puede ser física, sin perder sus gracias. El más bello espectáculo del mundo es una mujer hermosa; se expresa en sus ojos, es a través de ellos que la imagen de la belleza llega al alma, imagen agradable cuyo trazo nos sigue por todas partes, fuente fecunda de amorosos deseos. Sin este admirable órgano, espejo transparente en el que viene a pintarse en pequeño todo el universo, estaríamos privados de esta Sirena encantadora, en las trampas de la cual es tan agradable dejarse prender. Es ella quien embellece todo lo que toca, y se

representa todo lo que ella quiere. Sus brillantes cuadros entretienen nuestro tedio durante la ausencia, que desaparece para dar cabida al objeto amado cuya representación es el triunfo; sus ojos de Lince se extienden sin límites hacia el futuro, lo mismo que hacia el pasado; gracias ellos, por la manera como están esculpidos, los objetos más alejados se aproximan, aumentan y se muestran, por fin, con los más bellos rasgos; gracias a ellos el voluptuoso disfruta de sus ideas; las llama, las despierta, desecha unas, fija y mimaba las otras de acuerdo con sus deseos. No es que yo sepa cómo la imaginación diluye los colores, de donde nacen tantas ilusiones encantadoras, pero la imagen del placer que resulta de ello es el placer mismo.

El espíritu, el atractivo de la conversación, la dulzura de la voz, la música, el canto, sin el oído ¡cuántos atractivos se pierden! Sin el olfato, ¿estaría a mi alcance el placer de sentir el perfume de las flores y de mi Temira? Sin el tacto, ¡la finura de su suave piel perdería su dulzura! ¿Qué placer tendría mi boca, pegada a la suya con mi corazón? ¿En qué se convertirían estos besos amorosamente dados, recibidos, devueltos y buscados? Todos estos placeres juguetones que transforman las horas en instantes, todos estos juegos infantiles que agradan al amor; no seducirían más a nuestros corazones; en vano sería ligeramente excitada esta parte divina, ya sea por las manos de las Gracias, ya sea por el más ágil órgano de los mortales; esta joven inocente no tendría tampoco la misma simpatía; esta armoniosa connivencia de dos placeres atrevidamente reunidos, esta dulce sintonía de la voluptuosidad sería destruida. En vano, oh Temira, estos encantos que yo idolatro se conver-

tirían en racimos apetecibles en la boca voluptuosa que los espera. Cuantos más remedios imprevisos, más milagros de amor desesperado; lo que hay de más sensible en los amores de las tiernas palomas, se perdería con la más vigorosa de las voluptuosidades.

Muchos otros han cantado los gluglús de la botella, yo quiero celebrar los del amor, sin duda más dulces. Te evoco desde la otra vida, encantador abate; deja estos campos siempre verdes y la eterna primavera de estos jardines floridos, alegre morada de las almas generosas que han unido el placer delicado de hacerlas felices con el talento de serlo... Reconozco tu sombra inmortal, en las flores que la voluptuosidad siembra a tu paso. Explícanos en qué consiste este filtro natural... Di, Chaulieu²⁰, por qué feliz cambio nuestras almas, de alguna forma tamizadas, pasan de una a otra, como nuestros cuerpos. Di cómo esas almas, después de haber perezosamente errado sobre los labios deseados, gustan fluir de boca en boca y de vena en vena, hasta el fondo de los corazones extasiados ¿Acaso buscan allí la felicidad en los sentimientos más intensos? ¡Cuál es esta divina, pero demasiado breve metempsicosis de nuestras almas y de nuestros placeres!

Encantos mágicos, que gustan amantes de la voluptuosidad, misterios ocultos de Cipris, permaneced siempre desconocidos para los amantes vulgares; pero penetrando todos mis sentidos con vuestra augusta presencia, haced que pueda dignamente representar al que excitáis y para el cual todos los otros parecen haber sido creados. Se le

20 Guillermo Amfrye de Chaulieu (1636 o 1639-1720). Abad, autor de poesías libertinas.

reconoce en su delicioso y poderoso imperio; prohíbe el uso de la palabra, de la vista, del oído, del pensamiento, que hace sitio al sentimiento más vivo. Aniquila el alma con todos sus sentidos; dirige, suspende todas las funciones de nuestra economía; por así decirlo, las riendas del hombre entero, a merced de estos goces soberanos y respetables, de este fecundo silencio de la naturaleza, que ningún mortal debería perturbar, sin ser destrozado por el rayo: tal es, en una palabra, la fuerza inmortal que la razón, esta diosa vanidosa y orgullosa, situada bajo su despotismo, no es, al igual que los otros sentidos, sino la feliz esclava de sus placeres.

Con estos rasgos, ¿quién puede ignorar al amor? Quién puede dejar de rendir homenaje a esta importante acción de la naturaleza, por la que todo crece, se multiplica y se renueva sin cesar y de la que las otras sólo parecen ser divertimentos: divertimentos necesarios, a decir verdad, autorizados e incluso aconsejados por el amor, con tal que no se tengan mientras se están celebrando sus misterios. ¡Oh Venus, qué pocos aprecian el premio de tus favores! ¡Qué pocos se respetan ellos mismos en los brazos de la voluptuosidad! ¡Sí, quienes son ahora capaces de la menor distracción, aquellos para quienes tus placeres no representan a todos los otros, aquellos para quienes tú no eres todo el universo, indignos del rango de tus escogidos, ¡lo son también de tus bondades!

La voluptuosidad tiene su escala, como la tiene la naturaleza; la suba o la baje, no se salta ningún eslabón; pero llegada a la cima, se convierte en un auténtico y prolongado éxtasis, como una catalepsia amorosa que evita a los disolutos y sólo encadena a los voluptuosos.

¿Quién es esta honesta joven que el amor lleva temblorosa al lecho de su amante? Únicamente el Himen, cuya generosidad rechaza, podría tranquilizarla. Ella desfallece en los brazos de Silvano, que muere de amor en los suyos; pero comedida en sus placeres, modera tan bien sus arrebatos que, con toda seguridad, únicamente sus suspiros se confundirán. Ella desconfía incluso del amparo del dios que ama; por muy dios que sea, lo considera un embaucador. Aprecia menos su virginidad que su amor. Sin duda su curiosidad estaría voluptuosamente satisfecha con la de su amante. A pesar de hacerlo todo por él, cree no haber hecho nada, porque no está con él; lo rechaza menos que a sí misma; ella no oye otra cosa más que la voz de un espectro que le dice que se guarde. Por muy desmesurada que sea la ternura de un corazón que jamás ha amado, no está en absoluto libre de la infamia. ¡Dios todopoderoso! ¿Es posible que una débil mortal, a la que fácilmente has seducido con tus placeres, se acuerde incluso cuando ama de aquello que se debería olvidar cuando se ama?

¡A qué género de voluptuosidad tan simple, tan purificada, he llegado! Aquí, la égloga, la flauta en ristre, describe con una tierna sencillez los amores de humildes pastores. A Tircis le gusta ver sus ovejas pastar con las de Silvano; ellos representan la imagen de la unión de sus corazones. Es para él que el Amor la hizo tan bella; él moriría de dolor, si ella no le fuera siempre fiel. Allí está la Elegía, envuelta en lágrimas, haciendo sonar los ecos de las quejas y los gritos de un amante desgraciado. Lo ha perdido todo al perder lo que ama; ve únicamente y con disgusto la luz del día; a gritos llama

a la muerte, pidiendo explicaciones a la naturaleza toda de la pérdida que ha sufrido.

Hay que oír cómo él mismo expresa la intensidad de sus lamentos, entrecortados por suspiros. El pudor aumentaba los atractivos de su amante; lo mantenía en el seno mismo de los grandes placeres, que así se ofrecían más excitantes. Antes de él, ella no conocía en absoluto el amor. Se acuerda extasiado de los primeros progresos de la pasión que él le inspiró, y de todo el placer mezclado con una tierna inquietud que ella experimentó al sentir una nueva emoción. ¡Durante cuántos años la amó sin atreverse a confesárselo! ¡De qué forma decidió, tembloroso, declararle finalmente su pasión! ¡Ay! ella estaba ya muy convencida de su pasión; todas esas bellas palabras de simpatía o de amistad lo encubrían mal; ella sentía que el amor se disfrazaba para engañarla, y, tal vez, sin saberlo, ayuda a este dios incluso a dar a este perfecto amante tanta confianza como su peligroso respeto le había inspirado a ella misma. Pero ser digna de los favores de Silvano tenía para Damón una importancia mayor que la de conseguirlos. Amar, ser amado, era para su delicado corazón su primer goce, goce sin el cual todos los demás no existirían. La autenticidad de los sentimientos era el alma de su ternura, y ésta el de sus placeres; no conocían otro exceso que el de desear y el de amar; es la voluptuosidad de los corazones.

¡Llora! (qué importa llorar con tal de ser feliz), llora, infeliz pastor. Un corazón enamorado descubre atractivos al enternecerse; siente ternura por su tristeza, los gozos más notorios no poseen la delicadeza de una tierna melancolía. ¿Por qué no

entregarse a ella, ya que es un placer, y el único placer que un corazón triste puede saborear en la soledad que busca? Llegará un día en que habiendo encontrado demasiado consuelo, lamentarás no sentir lo que has perdido. Demasiado feliz por conservar tu pesadumbre y tus lamentos, si los pierdes, vivirás como si nunca hubieras amado.

¿Por qué alinearse entre las mojigatas, vos que no lo sois, respetable Zaida? ¿Por qué concedéis a la idea de mí más que a mi mismo mismo? Soy tal como suponéis; no debéis, lo juro por vuestros hermosos ojos, no debéis temer más al original que a la copia. Es perder con agrado un bien real, para abrazar la nube de Ixión²¹. Tranquilizaos, no temáis ni mi indiscreción ni mi inconstancia, sólo quiero como garantes vuestros encantos.

Nuestros corazones están hechos el uno para el otro. ¡Que la más dulce simpatía los encadene para siempre! ¡Nosotros, débiles mortales, creemos poder ser felices sin la ayuda de Venus! Por muy ingeniosos que sean los medios que imaginemos, hacen gemir al Amor; tememos su cólera; es el más temible de los dioses. Venid, Zaida, venid ¿no sentís el completo vacío de vuestra condición? Y ¿cómo llenarlo sin amor? ¡Mirad los lirios con los que ha salpicado vuestro bello rostro! Es para dar a vuestro amante el placer de cambiarlos por rosas. El imperio de Flora está sometido al del Amor. Llegará un día, no lo dudéis, en que os arrepentiréis menos de haber amado, aunque sea a un

21 Ixión se atrevió a enamorarse de Heva y trató de violentarla. Zeus (o tal vez la propia Heva) formó una nube semejante a la diosa; Ixión se unió a este fantasma y engendró con él un hijo, Centauro, el padre de los Centauros. Ante este sacrilegio, Zeus decidió castigar a Ixión.

infiel, que de no haber amado. Todos esos hermosos días perdidos en una fría indiferencia los lamentaréis, Zaida, pero en vano, se van y ya no vuelven.

*Con un ardor extremo
Nos persigue el tiempo.
Destruído por sí mismo,
Por él reproducido,
Más ligero que Eolo
Nace y se desvanece,
Renace y desaparece*

¡Mirad a ese joven Mirto! Su vida es corta, pronto estará marchito. Pero aprovecha los pocos días que le son concedidos; no rechaza las caricias de Flora, ni los suaves alientos de Céfito. Imitémosle en todo, Zaida, y que su vida, imagen de la nuestra por su duración, lo sea también por los placeres. Joven Cloe, me esquiváis.... En vano os llamo, en vano os persigo... Ya todos vuestros encantos se ocultan de mi vista... Tranquiliémonos... Las coquetas tan sólo fingen esconderse.

En estos ojos que Virgilio ha descrito tan bien, ¿Quién no ve ahí todas las astucias y toda la coquetería de Amor? ¡Creéis atraparle en unos labios rojos! ¡El niño que es se cree demasiado a descubierto! Y se escapa, huye. Joven Aurora, él está ya en los bucles de vuestros hermosos cabellos. ¡Cómo se divierte allí pasando de un hombro al otro! ¡Cómo me gusta verlo, cansado de revolotear como un pájaro del lirio a la rosa y del marfil al coral, y descansar al fin en vuestros hermosos

senos! Le persiguen, ya no está allí. ¿Dónde se ha metido? ¿Dónde se esconde? En cualquier sitio donde habite la belleza. Se ha buscado un último retiro, allí es donde le gusta detenerse, “como una tierna curruca incubando sus pequeños”. Perseguidle todavía; ¡por el tono en el cual pide ayuda, se ve bien que no quiere obtenerla! No parece fijarse en el seno de la voluptuosidad, le satisface que su imperio tenga límites con el único fin de dejarse atrapar en él y no carecer de excusas. Trasladémonos a la Ópera; la Voluptuosidad no posee un templo más maravilloso ni más frecuentado ¿Quiénes son estas dos bailarinas alrededor del arco de Jéfté? En una, ¡qué agilidad, qué fuerza, qué precisión! El placer la sigue con juegos y risas, su cortejo habitual; la otra, menos asombrosa, seduce más: sus pasos están medidos por las Gracias y compuestos por los Amores. ¡Qué delicadeza, qué dulzura! Una es brillante, ligera, nueva; la otra deslumbrante, inimitable. Si Camargo²² pertenece al rango de las Ninfas, virtuosa Salo, honraréis el Coro de las Gracias. Divina encantadora ¿qué alma de bronce no está penetrada por la suavidad de tus movimientos? Extiende, despliega tus hermosos brazos, y todo París estará más fascinado que el propio Amadis.

Nueva Terpsícore, no tengo que lamentar en absoluto este género de placeres. Prudente C***, tenéis más arte, sin faltaros encantos, D***,

22 María Ana Cupis de Camargo (Bruselas 1710 - París 1770). Bailarina francesa de origen español. Debutó en la Ópera en 1726. El éxito la acompañó desde entonces y durante veinticinco años, con una interrupción de seis, fue la artista favorita del público. La administración de la Ópera le concedió una pensión de mil quinientas libras, y el rey otra de su peculio particular.

encantadora D***, tenéis más atractivos sin faltáros el arte. Brillantes rivales, una y otra hacéis honor a los ballets de Apolo.

¿Qué oigo? ¡El dios del canto ha descendido a la tierra! ¡Qué sonidos! ¡Qué desesperación! ¡Qué gritos! Nuevo Atis, amable Jeliote, sírvete de todo el poder que tienes sobre los corazones sensibles; no, jamás el poderío de Orfeo igualó al tuyo. Y tú, endeble y sorprendente máquina, que no has sido hecha para pensar, el Moro agradece al amor el haberte preparado para cantar; tú arrebatas nuestras almas a través de los sonidos de tu voz.

¡De cuántas maneras no provocas el interés de nuestros corazones, poderosa Venus, incluso cuando persigues a una infeliz, cuyo crimen es el de los dioses! Mérope, madre incomparable, tu ternura está turbada, eso es casi amor. No te olvido adorable Zaira; te miro con los ojos de Orosmano; sí, eras merecedora de un destino más dichoso. ¿Por qué es necesario que una llama tan pura sea apagada por unos prejuicios que tú no tenías? ¿El amor debía tolerar que se explicara a la reina de su imperio otros intereses que no fueran los de la voluptuosidad?

El placer de la mesa sucede al de los espectáculos. El voluptuoso sabe escoger a sus invitados; quiere que sean, como él, sensuales, delicados, amables, y más bien un tanto alegres, bromistas que agudos. Descarta a todo fastidioso narrador, a todo aburrido erudito. Sobre todo nada de hombres cultos; preferirán brillar a reír. Chistes, ocurrencias, algunos destellos (el espíritu tiene su espuma como el champán), y sobretodo más alegría; y que el gusto por el placer burbujee en todos

los ojos, como el vino en el hebreo. El glotón lleno, sin aliento desde el primer plato, semejante al cisne de La Fontaine²³, colma pronto sus deseos. El voluptuoso saborea todos los platos pero en pequeñas cantidades, se reserva, quiere sacar provecho de todo. Comus es su cocinero, y la delicada Venus tiene suficientes razones para proporcionar sus ingredientes. Los demás beben de un trago el champán, él lo bebe a largos sorbos, como todos los voluptuosos. Veis que prefiere a todos estos encantadores tête-à-tête, en los cuales, con los codos sobre la mesa, las piernas entrelazadas con las de su amante, los ojos son el más débil intérprete del lenguaje del corazón. Llenad, Iris, llenad la copa entera. “Poco importa que te duerma, o que te excite, el recorrido de la mesa a la cama es corto”. Esta noche desvelado por el Amor, os será entregado... Pero antes, conceded a Baco lo que es de Baco; dejadle descansar en los brazos de Morfeo, ahora sólo podría hacer una mala carrera. ¡Diosa de Citera, yo sé qué ofrendas son debidas a vuestros encantos, pero esperad que aparezca vuestra estrella! Conocéis mal vuestros intereses... Iris, no despertéis tan pronto a vuestro amante.

Sigamos por doquier al voluptuoso, en sus discursos, en sus paseos, en sus lecturas, en sus pensamientos, etc... Distingue la voluptuosidad del placer, como el olor de la flor que lo exhala, o el sonido del instrumento que lo produce. Define la orgía, un exceso de placer mal administrado, y la

23 Jean de La Fontaine (1621-1695) Poeta y narrador francés. En su obra *Fables choisies mises en vers* intenta dar una nueva forma a las composiciones de los autores antiguos (Esopo, Fedro). Sirviéndose de los animales esbozó una moral, discretamente epicureísta, que valora el amor y la piedad.

voluptuosidad, el espíritu y la quintaesencia del placer, el arte de usarlo con moderación, de conducirlo mediante la razón, de disfrutarlo por el sentimiento. ¿Es culpa suya, acaso, si se tienen más deseos que necesidades? Es verdad que el placer se parece a la esencia aromática de las plantas; de la cual uno se toma tanto como se inspira. Es por esta razón por lo que veis al voluptuoso escuchar atentamente la voz secreta de sus sentidos dilatados y abiertos: él, para mejor oír el placer, para mejor recibirlo, ellos. Pero si no le son los adecuados, no los excita: perdería la perspectiva de su arte, la sabiduría de los placeres.

¿Se viste la naturaleza de primavera? tomemos, dice el placer, los nuestros; hagamos entrar en nuestros corazones el colorido de los prados y la verde alegría de los campos. Adornemos nuestra imaginación con flores que se muestran alegres a nuestros ojos. Mujeres, adornad con ellas vuestro seno, es para vosotras que se han abierto; pero recoged más amores todavía que flores. Embriagaros de ternura y de voluptuosidad, como lo hacen los prados de sus arroyos. Cada ser os habla, ¿haríais oídos sordos a la voz, al ejemplo que os da la naturaleza entera? ¡Mirad esos pajarillos! apenas salidos del cascarón, sus alas los llevan al amor! Ved cómo ese dios jugueteón se divierte bajo el aspecto de Céfiro alrededor de ese verde follaje! Incluso las flores se unen; los vientos son sus mensajeros amorosos. Cada cosa está ocupada en reproducirse.

Vos, que poseéis tanto sentimiento, Corina.... Venid. Si el instinto saborea más que el espíritu, el espíritu goza mejor que el instinto.

¡Cuántos encantos posee un simple ramo para

un amante! ¿Está el amor escondido entre estas flores? El propio Dafnis cree respirarlo; se diría que quiere atraerlo a su corazón por una vía nueva. ¡Pero qué fuego secreto! ¡Qué dulce emoción! ¿Y cuál es la causa de ello? Porque estaba junto al corazón de su querida Teresa ¿Recibe a su vez uno de manos de su pastor? Él la sigue con la mirada. ¡Qué felices son estas flores por estar tan bien colocadas! ¡Adornan el trono de los Amores! Él envidia su suerte; quisiera, como ellas, expirar cerca del ser amado.

El dolor dura una eternidad, pero el placer un instante; reservémonos para gozarlo, dice el convaleciente voluptuoso ¿Toma otra vez un nuevo ser? Está fascinado por el espectáculo del universo. Feliz abeja, no hay flor alguna de la cual no tome alguna esencia; sus orificios nasales se abren a su agradable perfume. Una mesa bien servida reaviva su apetito, un vino delicioso deleita su paladar, una cara bonita le enciende: ¡Qué digo!

*La primera Filis de las aldeas próximas
Es la sultana favorita,
Y el milagro del Amor,*

Lesbia, sois encantadora, y os amo más que Catulo²⁴ no os amó jamás... Pero sois demasiado *libidinosa*, con vos uno no tiene tiempo de desear. Ya... ¿por qué tan deprisa? Me gusta que se me resista y que no se me anticipe, pero con habilidad, ni mucho, ni poco; prefiero un cierto ardor, pero

24 Gayo Valerio Catulo (84-54 a.C.). En Roma se enamoró de una mujer casada a la que él llama “Lesbia” pero cuyo nombre real era probablemente Clodia. Catulo dedicó veinticinco poemas a Lesbia que trazan la cronología de su amor desde unos comienzos idílicos hasta la desilusión final.

suave, que excite el placer sin perturbarlo. La voluptuosidad tiene su día y su noche: creedme, Lesbia, permanezcamos todavía algún tiempo en la noche; noche encantadora, noche querida por las mujeres voluptuosas, ¡demasiado pronto nos tendremos que separar! ¿No apreciáis pues el valor de una dulce resistencia y de un mucho más dulce divertimento? Incluso de la debilidad misma se puede sacar partido. Que Polienos, Ascilto, y todos los “Mazulimos”²⁵ del mundo no se lamenten más de su desgracia, la espera del placer también es un placer. Circé se congratula de ello, agradece a su amante el poder herir por lo menos la vanidad de las otras mujeres. Circe agradece una excesiva feliz impotencia: su placer ha durado más tiempo, sus deseos no han acabado todavía. ¡Las languideces del cuerpo impiden pues a veces las del alma! ¡Cómo sostienen la voluptuosidad! ¿Quién lo hubiera creído sin la experiencia de la *Parodia de la adormidera* de Virgilio? Parodia tan brusca a veces, justo en medio de los *versos más grandiosos*, que bien merece la pena no reírse de ella, por miedo a aumentar el despecho de Venus.

Cuando el voluptuoso se pasea, el más bello lugar, el canto de los pájaros, el frescor de los arroyos de agua y de los céfiros, una atmósfera aromatizada por la esencia de las flores, la más bella panorámica, la más soberbia alameda, aquella en donde la propia Diana se pasea con toda su corte: esto es lo que escoge y lo que le cuesta menos rechazar, sea para leer a la frescura de Crebillón²⁶

25 Personaje de la novela *Le Sopha* de Crebillón hijo.

26 Claude-Prospér Jolyot de Crébillon (París 1707-1777). Escritor francés de novelas libertinas. Una de sus principales obras es *Le sopha* (1745).

o Chaulieu, sea para perderse en un bosque y hollar con alguna dríada la hierba tupida de un bosquecillo inaccesible a los profanos. Artesonados dorados que las flautas y las voces hacen resonar, ¿amenizáis así el noble aburrimiento de los reyes?

Si está esperando a su amante, lo hace en el silencio y en el misterio; todos sus sentidos tensos parecen escuchar, apenas osa respirar, un falso ruido lo ha engañado con anterioridad más de una vez: ¡ojalá pudiera estarlo siempre así! Todo duerme tranquilo, ¿y Julia sigue sin venir? La impaciencia de uno supera la paciencia del otro. Él no se reconoce, arde, se estremece por un placer que todavía no lo invade.... ¡Qué pasará y qué arrebatos tendrá cuando posea un objeto tan tiernamente deseado, tan vivamente imaginado, iluminado sólo por la antorcha del amor... Dichoso Silvano, ¡ahí está Julia!

¿Está Issé poseída por el sueño? El sueño del amor no es más respetado; ordena a los riachuelos que murmuren más bajo; querría imponer silencio a la naturaleza entera. Issé se despertará demasiado pronto: se encuentra en la más amorosa postura, la del amante! ¡Contemplad sus ojos! ¡Cuántos encantos los recorren! ¡Qué sea favorable el dios del sueño para que tengan suficiente tiempo de cobrarse las lágrimas que han derramado por ellos!

¡Felices días de Hebé que no volveréis! Estaré desde ahora irremediabilmente entregado al vacío de un corazón sin ternura ni deseo: vacío horroroso que todos los gustos, todas las artes, todas las disipaciones de la vida no pueden llenar! ¡Que sienta al menos algunas veces la halagadora cerca-

nía del más respetable de los dioses, muestra consoladora de una amante apasionada, tal como la brillante estrella matutina se muestra al Nauta alar-
mado! ¡Placer, ingrato placer, es así como tratas a quien todo lo ha sacrificado por tí! Si he perdido mis días en la voluptuosidad, ¡ay!, devolvédmelos, dioses, para volverlos a perder de nuevo.

Tengo celos de tu dicha, melocotonero felicísimo. La naturaleza te ha tratado como una madre y el hombre como una madrastra. Un suave céfiro ha soplado en el aire, un renovado calor te devuelve a la vida, tus capullos brotan, se desarrollan pronto adornados de flores. Tú serás por fin apreciado por tus excelentes frutos. ¡Cuántas primaveras te han rejuvenecido! ¡Y cuántas otras han de hacerlo de nuevo, mientras que la primera del hombre, ¡por desgracia! es también la última. ¡Cómo este árbol florido que honra el campo, que tiene más sentimiento que todos los seres juntos, sólo sería una planta efímera, nacida por la mañana, muerta por la tarde, menos duradera que estas flores, que al menos seguras de adornar nuestros campos durante el verano, embellecerán quizás también el otoño! Espectáculo encantador cuya eternidad no podría saciarme; un destino, cruel sin duda, nos arranca del placer de veros y de admiraros constantemente, pero es inevitable. No perdamos el tiempo en vanos lamentos; mientras la mano de la primavera nos acaricia todavía, no pensemos que ella va a retirar; gocemos de los pocos momentos que nos quedan; bebamos, cantemos, amemos a quien nos ama; que los juegos y las risas sigan nuestros pasos; que todos los placeres vengan uno a uno, unas veces para divertir, otras para fascinar nuestras almas; y por corta que sea la vida, la habremos vivido.

El voluptuoso ama la vida, por que tiene el cuerpo sano, el espíritu libre y sin prejuicios. Amante de la naturaleza, adora sus encantos, porque conoce su valor; inaccesible al desánimo, no comprende cómo este veneno letal puede corromper nuestros corazones. Por encima de la Fortuna y de sus caprichos está su propia fortuna. Por encima de la ambición, sólo tiene la de ser feliz. Por encima de los truenos, filósofo epicúreo, no teme más el rayo que a la muerte. Los árboles se despojan de su verdor, él conserva su amor. Los ríos se transforman en mármol, un frío cruel hiela hasta las entrañas de la tierra pero él arde todavía por los calores del verano. Acostado con su querida Delia, el rigor del invierno, el viento, la lluvia, el granizo, los elementos desencadenados aumentan la felicidad de Tibulo²⁷. Si el mar está encalmado y tranquilo, el voluptuoso sólo ve en esta hermosa capa de aceite una perfecta imagen de la paz. Si las olas agitadas por Eolo furioso amenazan alguna nave con el naufragio, este cuadro conmovedor de la guerra, por terrible que sea, lo ve con el placer de un hombre alejado del peligro. Es seguro que no se trata de uno de los peligros que atraen a la voluptuosidad.

Cualquier cosa es placer para un corazón voluptuoso; todo son rosas, claveles, violetas en el campo de la naturaleza. Sensible a todo, cada signo de belleza lo extasía; cada ser inanimado le habla, le despierta; cada ser animado lo conmueve; cada elemento de la creación le llena de placer. ¿Ve apa-

27 Albio Tibulo (55-19 a. C.). Poeta romano, escribió dos libros de elegías. El primer libro contiene en su mayoría elegías amorosas, cinco acerca de su amor por "Delia" y tres para un muchacho, Marato. El segundo contiene sólo seis poemas, tres referidos a su amor por una muchacha, "Némesis", su otra amante.

recer la risueña manifestación de la primavera? Le da las gracias a la naturaleza por haber prodigado un color tan suave y tan amigo de los ojos. Admirador de los más sorprendentes fenómenos, el nacer de la Aurora y del Sol; este brillante de color púrpura, que, camuflándose en la sombra de las nubes, forma en su ocaso la más soberbia decoración, los rayos plateados de la luna que consuelan a los viajeros de la ausencia del astro más bello; las estrellas, estos diamantes del Olimpo, cuyo resplandor es realzado por el fondo azul al cual están sujetos; estos hermosos días sin nubes, estas noches más bellas aún que inspiran los más dulces ensueños, noches verdes de los bosques, en las cuales el alma, encadenando sus pensamientos volubles a los límites encantadores del amor, contenta, recogida, se acaricia a sí misma y no se cansa de contemplar su felicidad: sombra impenetrable a los ojos de Argos, donde basta estar solo para desear estar con vos, Temira, y estar con vos, para olvidar el universo entero. ¿Qué más podría decir? La naturaleza entera está en un corazón que siente la voluptuosidad.

Vos la sentís, Safo²⁸, experimentáis la fuerza de esta poderosa Divinidad. ¡Pero qué singular uso hacéis de ellas! Negáis a unos lo que no podéis conceder a otros; interpretáis el sexo que no tenéis, para querer al que tenéis. ¡Enamorada de vuestro sexo, os gustaría cambiarlo! No veis que olvidáis a vuestro personaje, al hacer mal el nues-

28 Safo, poetisa lírica griega, nacida ya avanzado el siglo VII a. C. en Ereso, Lesbos, contemporánea del poeta lesbio Alceo. Fue la única mujer griega a quien puede considerarse una gran poetisa junto con Corina. Sus dos poemas más famosos son, en primer lugar, el que le parece semejante a un dios en su indiferencia

tro, y que la naturaleza, así engañada, se ruboriza por ello.

No nos indignemos por esta usurpación; no detengamos el curso de un arroyo, que tarde o temprano conduce a su fuente. Cuando se ama, puede escogerse una amante; el placer se cansa de *mentir*.

La vista de los placeres de otros nos da placer. ¡Con qué interés contempla la curiosa Suzón los misterios del amor! Cuanto más teme turbar a los sacerdotes que los celebran, tanto más ella misma se turba. Pero esta turbación seduce su alma. ¡En qué estado se encuentra la bribona! Demasiado atenta, para no ser distraída, parece involuntariamente ceder a la voluptuosa proximidad de los dedos libertinos... Para apartarla, harían falta placeres, semejantes a los placeres, cuya seductora imagen tiene delante de ella. El amor nos invade al ser visto de cerca.

¿Me atreveré a abordar tímidamente los misterios secretos cuyo solo nombre ofende a Venus y hace tomar las armas a toda Citerea, pero que sin embargo tienen a veces la dicha de complacer a la diosa, por la feliz aplicación que se hace de ellos?

El hermoso Gitón riñe al sátiro que ha escogido para sus placeres; por muy niño que sea, se da cuenta de la infidelidad de Ascilto; da a su marido más placer que una verdadera mujer. ¿Acaso es sorprendente que exija por sus favores el más alto precio, y que el caballo más bonito, el más rápido corcel de Macedonia apenas pueda pagarlos?

¿Os acordáis del colegial de Pérgamo? ¡Dioses! ¡Qué muchacho tan encantador! ¿La belleza pertenecería, pues, a todos los sexos? ¿Nada limita su

imperio? ¡Cuántos desertores del culto de Cipris! ¡Cuántos corazones alejados de Citerea! La diosa se pone celosa con razón. ¡Eh! ¿Qué buen ciudadano de la isla deliciosa que fundó la diosa no suspiraría con ella por todas las conquistas que hace el bando enemigo? Bello sexo, sin embargo, que eso no sea motivo de vuestros celos. Petronio, en el exceso de su refinamiento, no pretendía causaros inquietudes sino procuraros remedios contra la aburrida uniformidad de los placeres. En efecto, ¡cuántos amores insignificantes o tímidos (éstos son tan fáciles de alejar) estaban encantados de encontrar un refugio sin el cual, privados de asilo, estarían tal vez muertos de temor en las puertas del Templo! Cuántos otros excitados por una simple curiosidad filosófica, para volver después a su deber, han servido tan bien al verdadero amor que, por sus propios intereses, este dios de los corazones, como buen casuista, no ha podido algunas veces dispensarse de darles condicionalmente una indulgencia de la cual ya disfrutaba.

¡Vos sois inteligente, Cefisa, y estáis indignada por estos discursos! ¡Os jactáis de ser filósofa y tendrías escrúpulos en usar un recurso permitido y autorizado por el amor! ¡Cuáles serían vuestros prejuicios si, como tantas otras mujeres, tuvierais la desgracia de ser sólo bella! ¡Creedme, querida amante, todo es mujer en lo que se ama, el imperio del amor no reconoce más límites que los del placer!

Te devuelvo, amor, el pincel que me has prestado, pásalo a unas manos más delicadas, y tú quédate para siempre en mi corazón.

INDICE

Introducción	7
El arte de gozar	9

Impreso en
marzo de 2008
Córdoba- República Argentina